

MANEL LOUREIRO

APOCALIPSIS

LOS DÍAS OSCUROS

VOLUMEN 2

booket

Manel Loureiro

Apocalipsis Z. Los días oscuros

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Manel Loureiro, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © David et Myrtille / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2017

Depósito legal: B. 18.791-2017

ISBN: 978-84-08-17659-6

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

1

—¡Prit! ¡Prit! ¿Me oyes? ¡Jodido ucraniano psicópata!

Maldije por lo bajo. El puñetero intercomunicador del helicóptero se había estropeado de nuevo. Era la tercera vez que sucedía desde que habíamos despegado en las cercanías de Vigo. De repente, tuve que agarrarme con fuerza al soporte lateral mientras el pesado aparato daba un nuevo tumbo al atravesar una bolsa de aire caliente. Prit, indiferente a las sacudidas, continuaba pilotando alegremente a toda velocidad mientras tarareaba una espantosa versión eslava de James Brown que me martilleaba inmisericorde los oídos.

Apoyé a *Lúculo* en su cesta, observando con envidia aquella enorme bola de pelo naranja que, tras desperezarse como sólo los felinos saben hacer, volvió a dormirse plácidamente, indiferente al terrible estruendo que generaban los motores de nuestro pájaro. Tras cinco días consecutivos de vuelo, aquel sonido, incluso filtrado a través de los cascos protectores, me estaba volviendo loco. Me pregunté cómo demonios hacía *Lúculo* para soportarlo. Capacidad de adaptación de los gatos, supongo.

Me giré hacia el interior de la cabina de pasajeros. Sor Cecilia estaba fuertemente amarrada a uno de los sillones,

rezando monótonamente por lo bajo mientras manoseaba de forma mecánica el rosario con su mano derecha. La pequeña monja, con su hábito impoluto y unos enormes cascos de color rojo sobre su cabeza, ofrecía una estampa chocante. La única pega era el ligero color verdoso de su rostro y la expresión de angustia que se le dibujaba cada vez que el helicóptero atravesaba una zona de turbulencias. Estaba claro que a la monja lo de volar no le hacía ninguna gracia, aunque debía reconocérsele que había aguantado todo el viaje estoicamente. Ni una sola queja había salido de sus labios en aquellos cinco días.

Justo en el banco de enfrente, estirada voluptuosamente a lo largo, estaba Lucía. Vestía unos cortos pantaloncitos beige ceñidos y una camiseta de tirantes manchada de grasa del rotor del helicóptero (se había empeñado en ayudar a Prit a revisar las hélices en la última parada). En aquel momento estaba profundamente dormida y un mechón de cabellos rebelde le resbalaba sobre los ojos. Estiré la mano y se lo aparté de la cara, procurando no despertarla.

Suspiré. Tenía un problema con aquella muchacha y no sabía cómo resolverlo. A lo largo de aquellos cinco últimos días Lucía había estado permanentemente pegada a mí... y yo a ella. Estaba claro que me deseaba y se había propuesto seducirme por todos los medios. Yo, por mi parte, no podía negar que también me sentía profundamente atraído por aquella morena de interminables piernas, curvas voluptuosas y ojos de gata, pero al mismo tiempo trataba de mantener la cabeza fría.

En primer lugar, no era el momento ni el lugar para iniciar un romance y por otra parte, y no menos importante, estaba la diferencia de edad. Ella era una adolescente de tan sólo diecisiete años (ya dieciocho, me corregí mentalmente) y yo, un hombre de treinta. Eran casi catorce años de diferencia, por Dios.

Lucía se movió en sueños, mientras murmuraba algo incomprensible con una expresión de gozo en la cara que me hizo tragar saliva. Necesitaba aire fresco.

Pasando por el estrecho pasillo que comunicaba la zona de carga y pasaje con la cabina, me dejé caer en el asiento del copiloto, al lado de Pritchenko. El ucraniano se giró y me dirigió una luminosa sonrisa, al tiempo que me acercaba un termo de café que tenía en una pequeña funda que tenía colgando a la espalda. Lo acepté con desmayo y le di un largo trago. Unos enormes lagrimones afloraron a mis ojos, mientras tosía incontrolablemente, tratando de respirar. Aquel café debía de llevar casi un cincuenta por ciento de vodka en estado puro.

—Café con gotas —dijo el ucraniano mientras me arrebataba el termo de las manos y le daba un prolongado trago sin pestañear. Tras ingerir medio termo de golpe, se dio un puñetazo en el pecho y eructó estruendosamente—. Mucho mejor para pilotar. —A continuación me pasó de nuevo el recipiente, que cogí de forma mecánica.

—Sí señor. Mucho mejor. —Chasqueó la lengua satisfecho y me dedicó otra de sus espléndidas sonrisas—. En Chechenia toda mi escuadrilla tomaba vodka solo... pero allí hacía más frío —remató con una carcajada.

Meneé la cabeza, dejando a Viktor por imposible. Dentro de la cabina hacía calor, mucho calor. El ucraniano vestía unos gastados pantalones militares e iba con el torso descubierto, brillante por el sudor. Completaba su atuendo un imposible sombrero negro de *cowboy* que había encontrado colgado en la pared de un bar y unas gafas verdes de espejo, bajo las que asomaban sus imponentes bigotes. Recordaba vagamente a un personaje sacado de *Apocalypse Now*.

Lo cierto era que Viktor pilotaba admirablemente bien. El primer día, cuando despegamos desde Vigo, fue capaz de levantar el pájaro con los depósitos llenos a rebosar y una

red de carga con más de dos toneladas de bidones de combustible colgando de la panza del Sokol como si tal cosa. Era algo admirable.

Las imágenes del viaje no cesaban de pasar una y otra vez ante mis ojos, incansables. A lo largo de esos últimos días fue cuando habíamos podido darnos cuenta del auténtico alcance de todo el caos del Apocalipsis. Por si albergábamos alguna duda, ya estábamos totalmente seguros de que la civilización humana se había ido al cuerno definitivamente.

Las primeras horas habían sido las peores. Mientras nos dirigíamos hacia el sur bordeando la costa portuguesa a unos pocos cientos de metros de altitud, nuestra mirada se paseaba con asombro por todas partes. El caos y la desolación eran generalizados.

Lo primero que llamaba la atención era la luz. La atmósfera estaba inusualmente clara, casi transparente. Si se tenía en cuenta que ya hacía meses que las fábricas habían dejado de funcionar y que no había tráfico contaminando el ambiente, se entendía un poco mejor. De todas formas aquel aire límpido tenía un punto de irreal y fantástico. De no ser por el permanente olor a carne descompuesta, basura y restos orgánicos que flotaba por todas partes, uno casi podría pensar que se hallaba en un territorio virgen de hace cinco mil años. Una breve mirada a los fiambres que se paseaban por todas partes enseguida hacía añicos esa ilusión.

Las carreteras, por su parte, eran totalmente intransitables. Cada pocos kilómetros, las líneas negras de asfalto se veían punteadas por restos de vehículos, o en ocasiones, monstruosas colisiones múltiples que obstruían la vía por completo. En un par de ocasiones incluso vimos algunos viaductos que se habían venido abajo o carreteras totalmente cubiertas por desprendimientos de tierra. Un tramo especialmente inclinado de la autopista que unía

Oporto con Lisboa se había convertido en un espumoso y salvaje torrente a lo largo de unos cuantos kilómetros, en los cuales las aguas provenientes de una presa que se había desbordado corrían libremente, creando remolinos de espuma contra los restos de vehículos que se habían transformado en sorprendentes escollos.

La naturaleza poco a poco iba reclamando su terreno. Las orgullosas construcciones humanas, sus asombrosos y a veces casi increíbles logros de ingeniería civil, estaban siendo lentamente devoradas por la maleza, el agua, la tierra y lo que sea que Dios quisiera poner en su camino.

Un crujido en los cascos del intercomunicador me sacó de golpe de aquellas ensoñaciones y me llevó de nuevo al Sáhara. El aparato había decidido volver a funcionar.

—Estamos casi secos. —La voz de Viktor resonaba metalizada en mis oídos—. Voy a dar una vuelta sobre esta zona. Estate atento. Busca un buen sitio para tomar tierra.

Y ten los ojos bien abiertos, pensé para mí mismo. Ni un susto más, ahora que falta tan poco.

Los anteriores repostajes habían transcurrido razonablemente bien, pero cualquier precaución era poca.

Tan sólo había que recordar lo sucedido el día anterior.

2

Había ocurrido en una de las últimas paradas, en un lugar perdido entre Portugal y Extremadura. El helicóptero había tomado tierra en el aparcamiento de un polvoriento restaurante de carretera. La explanada de cemento estaba totalmente desierta, excepto por un herrumbroso Volkswagen Polo y un Seat León abandonado que descansaba sobre cuatro neumáticos medio deshinchados. El letrero luminoso del restaurante estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y en general todo presentaba un aspecto desierto y solitario. Tenía toda la pinta de que éramos los primeros seres humanos que pasábamos por allí desde hacía más de un año.

El Sokol aterrizó en medio de una gigantesca nube de arena disparada hacia todas partes. Antes de que ésta se empezase a posar, Prit y yo ya habíamos saltado a tierra, cada uno por un lado del aparato, con un HK en las manos y con el regusto del miedo en la boca, mientras oteábamos desesperadamente entre los jirones de polvo, tratando de adivinar la figura tambaleante de un No Muerto.

Sólo cuando el polvo se posó y vimos que la explanada seguía desierta empezó a calmarse el ritmo de mi corazón. Cuando las turbinas del Sokol se apagaron, un silencio se-

pulcral se extendió sobre el aparcamiento. No se oía ni el más mínimo sonido, ni siquiera el piar de los pájaros.

Seguramente todos los bichos con plumas se habían asustado con el estruendo del helicóptero al aterrizar. O algo peor, me corregí mentalmente, no quedaba ni un solo pájaro vivo en aquella zona. Que todo podía ser.

Por un instante tuve la inquietante sensación de que éramos los últimos hombres sobre la faz de la Tierra. De repente, *Lúculo* maulló inquieto rompiendo aquel extraño hechizo. Tocaba moverse.

Rápidamente, Pritchenko se acercó a la red de transporte y ayudado por Lucía desenganchó la argolla superior. La resistente red de carga se deslizó por encima de la pila de barriles amarillos rellenos de queroseno CB-1-A. Apartando tres o cuatro toneles vacíos, el ucraniano echó a rodar uno de los bidones lleno hasta los topes hacia el helicóptero. Una vez allí, con un gesto diestro, lo destapó e introdujo dentro un tubo de goma conectado al depósito de combustible del Sokol. Pronto, el queroseno empezó a fluir hacia el interior de los tanques del pájaro.

A partir de ese instante, llenar el depósito era tan sólo una cuestión de minutos, pero durante ese lapso éramos extremadamente vulnerables. Con el helicóptero en tierra, la red de carga abierta y un bidón de productos altamente inflamables bombeando hacia los depósitos, un despegue rápido quedaba descartado. Desde luego, si los No Muertos aparecían por allí de golpe, estaríamos bien jodidos.

Tras asegurarme de que nada se movía por los alrededores, le hice una seña a Prit y abrí uno de los compartimentos de la cabina trasera del Sokol para coger un cigarrillo. Fruncí el ceño, contrariado. Sólo me quedaban un par de Camel arrugados y con olor a humedad. Habíamos conseguido suficientes provisiones y medicamentos en el hospital, pero de tabaco andábamos extremadamente cortos.

Miré hacia el restaurante situado al otro extremo de la explanada, dubitativo. Era un asador de carretera de tres al cuarto, pero me jugaba un millón de euros a que tenían una máquina de tabaco junto a la puerta o al fondo, debajo de la tele. Debería echar un vistazo, pensé. Al fin y al cabo, aquello estaba totalmente abandonado.

Me giré hacia el grupo, para avisarlos. Lucía y Prit estaban de espaldas, discutiendo acaloradamente sobre la mejor manera de apilar los barriles vacíos en la red. Sor Cecilia dormía plácidamente, disfrutando de aquellos minutos en tierra lejos de las aterradoras alturas, y *Lúculo*... bueno, *Lúculo* estaba aseándose como sólo los gatos saben hacerlo, indiferente al resto del mundo. Me encogí de hombros y me encaminé hacia el restaurante. Sería cuestión de un minuto.

La puerta, naturalmente, estaba cerrada. Miré a mí alrededor. Unas macetas con plantas mustias decoraban la fachada, cubierta por un alero polvoriento. En el suelo, tirado de cualquier manera, yacía un cartel de helados descolorido por el sol. A su lado, una sombrilla hecha jirones, un par de sillas de plástico y una mesa cubierta de polvo completaban el panorama. En una esquina, acumulando tierra, una cazadora vaquera de color indefinido se pudría lentamente, en el mismo sitio donde alguien la había dejado caer de cualquier manera, como si no hubiese tenido tiempo para apoyarla en un lugar mejor.

La puerta parecía resistente, pero no así una de las ventanas de una de las fachadas laterales. Era una vieja hoja, de marco de madera, que daba a la cocina. El paso del tiempo y el calor generado por la parrilla de la carne situada justo a su lado, en el interior, la habían ido arqueando a lo largo de los años, y presentaba una pequeña holgura de un par de centímetros en la parte inferior.

Desenvainé el cuchillo que llevaba sobre los riñones e inserté el filo en aquel intersticio. Tan sólo tuve que ha-

cer palanca un rato hasta que un apagado «crac» me indicó que el pestillo se había quebrado. La hoja de la ventana, vieja, pero perfectamente engrasada, giró silenciosamente sobre sus goznes, dejándome el paso franco al interior, fresco y sombrío.

Con cautela me introduje en la cocina, tratando de perforar la penumbra con mis ojos. El cambio del luminoso exterior a la relativa oscuridad del interior me había dejado sin visión por unos segundos. Sin embargo, no podía pensar en eso, porque el olor a podrido allí dentro era sofocante. Con una manga traté de taparme la nariz, mientras los ojos me lagrimeaban y las arcadas me subían por la garganta.

En cuanto me habitué a aquella media luz, pude ver con detalle el interior de la cocina. El olor provenía de una enorme nevera industrial abierta de par en par, donde kilos y kilos de carne de cerdo y ternera se pudrían lentamente desde hacía meses. Sobre la mesa de trabajo, algo que en algún momento había sido un costillar de cerdo bullía cubierto de miles de gusanos blancos, que reptaban incluso sobre el mango del cuchillo apoyado a su lado. Junto a éste, un puñado de tomates putrefactos esperaban eternamente a que alguien los hiciese rodajas para una ensalada que jamás sería servida. Sobre el fogón había una sartén chamuscada, con un enorme cerco negro de humo marcado en el techo. La llave de ese hornillo estaba abierta, pero el gas se había agotado hacía mucho tiempo, seguramente tras mantener la llama encendida durante días. Aquel sitio no había ardido hasta los cimientos de milagro.

La imagen general era la de una huida apresurada. Con pánico, tanto que ni siquiera se habían detenido en lo más elemental. Podía imaginarme qué era lo que los había asustado tanto.

Abrí con cautela la puerta de la cocina. El comedor, en semipenumbra, constaba de una docena de mesas, varias

de las cuales aún tenían restos mohosos de comida sobre ellas. Un bolso solitario colgaba del respaldo de una silla, abandonado por su dueña en su apresurada huida.

Mi mirada se paseó por la sala desangelada hasta que finalmente se posó en una máquina expendedora de tabaco, situada en una esquina del zaguán, junto a la barra de la cafetería... Un calendario presidía el mostrador, detenido para siempre en febrero del año anterior, entre botellas de coñac y fotos y bufandas del Real Madrid. Me colé detrás de la barra y empecé a revolver cajones, hasta que en el tercero, al lado de un montón de facturas, encontré un manojo de llaves. Sonreí, satisfecho. alguna de ellas tenía que ser por fuerza la de la máquina de tabaco.

Mientras abría la máquina, desde fuera me llegaba amortiguado el sonido de los bidones de metal vacíos al entrec chocar entre sí. Eso significaba que Prit y Lucía debían de estar cerrando la red de carga, para despegar de nuevo. Súbitamente me entró una absurda sensación de angustia, al imaginarme que despegaban sin mí y me dejaban olvidado en aquel rincón sucio y perdido de la mano de Dios. El pensamiento era totalmente infundado, pero, como todas las ideas estúpidas, en una mente poco descansada como era la mía en aquel momento, adquirió forma de realidad. No disponía de demasiado tiempo. Apresuradamente metí en un macuto todas las cajetillas de tabaco que pude, incluso las de peor calidad, diseminando varias por el suelo con las prisas. No sabía dónde podría encontrar el próximo estanco en ese viaje.

Estaba a punto de salir cuando sentí la llamada de la naturaleza. Después de más de siete horas consecutivas de vuelo, mi vejiga estaba a punto de explotar. Prit afirmaba sin empacho que era posible orinar en una botella en el helicóptero. No es que dudase de la palabra del ucraniano, pero es que a mí la idea de mear delante de una monja y de una cría de dieciocho años no acababa de con-

vencerme, así que me había aguantado las ganas. Hasta ese momento.

Me tercié el fusil al hombro y, desabrochándome los pantalones por el camino, para ganar tiempo, me dirigí hacia el baño. Me situé delante de uno de los urinarios y pronto sentí una inmensa sensación de alivio.

Cuando iba a abrocharme los pantalones vi una mano reflejada en el pulsador del urinario, justo detrás de mí. Y detrás de la mano, el brazo y el resto de aquella mujer. Era gorda, con el pelo crespo y ensortijado, o lo que quedaba de él. Algo o alguien le había devorado media cara y arrancado los brazos de cuajo. Fugazmente pude ver uno de los brazos semidevorado en el suelo del baño, en medio de un cuajarón de sangre reseca, mientras el otro, el que había visto al abrir la puerta, le pendía sujeto al hombro tan sólo por un par de tendones, balanceándose de forma macabra cada vez que su propietaria se movía.

Antes de que me diese tiempo a girarme, aquella bestia se me echó encima, aplastándome contra la pared. Noté su aliento en la nuca, mientras oía sus dientes que chocaban contra el cañón del fusil, cruzado en bandolera en mi espalda. Era enorme, debía de pesar sus buenos ciento y pico kilos, y se movía con la torpeza propia de los No Muertos.

Afortunadamente no tenía brazos, ya que de lo contrario me hubiese dejado tieso allí mismo. Había resistido el primer asalto, pero la situación seguía siendo terriblemente comprometida. Apoyando las manos en la pared impulsé mi cuerpo hacia atrás, con aquella cosa firmemente agarrada con los dientes al cañón del fusil, mientras mis pies resbalaban espasmódicamente en el suelo del baño.

Nos caímos rodando al suelo. Me libré como pude de aquel peso muerto, y empecé a gatear de espaldas hacia la puerta, contemplando con espanto cómo aquel monstruo apresaba con sus dientes una de mis botas y la atacaba con

feroces dentelladas. De forma histérica comencé a golpearla con mi otro pie, en medio del agujero rojizo que antes había sido su cara.

No quería morir. Así no. En los baños de un sucio y perdido bar de carretera, con los pantalones desabrochados y arrastrándome por el suelo. No de esa manera.

Cogiendo con las dos manos uno de los virotos que siempre llevaba en la funda adosada a la pierna (el arpón había quedado en el helicóptero), lo levanté por encima de mi cabeza y se lo clavé con fuerza en el centro del cráneo. Con un suave sonido viscoso la punta de acero se deslizó dentro de la cabeza de aquella cosa hasta tocar alguna parte dura del interior, donde quedó encajada.

Apoyándome en la pared me puse en pie, sin perder de vista ni por un instante el cuerpo de la No Muerta. Como siempre me sucedía en esos casos, empezaba a notar un profundo malestar y un intenso sudor frío recorriendo mi cuerpo, una vez que la pelea había acabado. Todo había ocurrido en algo menos de quince segundos. Con manos temblorosas traté de encender un cigarrillo, pero tuve que desistir tras un par de intentos. No era capaz ni de hacer girar la rueda del mechero. Había sido un visto y no visto, quince segundos a lo sumo. Cristo Bendito, no podía creerlo.

Salí del baño tambaleándome, con el regusto amargo de la bilis en la boca, mientras notaba el bajón de la adrenalina en cada poro de mi piel. No era capaz de acostumbrarme, ni creía que nunca lo llegase a estar. Cada vez que mataba a uno de esos seres, incluso sabiendo que no estaban vivos, me sentía enfermar. Cada vez que sentía que mi vida peligraba, la angustia y el terror me paralizaban. Todas las noches, desde hacía meses, pesadillas horribles eran mis compañeras habituales de cama.

No era el único. Veía cómo se movía Lucía por las noches, huyendo en interminables pesadillas. Había visto a

Prit despertándose de golpe, bañado en sudor frío y con una mirada enloquecida en los ojos. Después se pasaba horas mirando al infinito, con expresión ausente y dándole trago tras trago a una botella de vodka. Me imaginaba que cuando yo me despertaba por las noches, mi expresión era la misma. De todas formas, no creía que ninguno de nosotros hubiese sido capaz de conciliar el sueño más de cinco horas seguidas desde hacía meses.

Encendí uno de los cigarrillos con manos temblorosas, mientras descorría el cerrojo de la puerta principal y salía de nuevo al exterior. La luz del sol me obligó a entrecerrar los ojos por un momento, mientras miraba a mi alrededor, algo desorientado. Giré la cabeza hacia el Sokol, cuyas enormes aspas ya empezaban a trazar lentamente enormes círculos en el aire. Desde la ventanilla del copiloto, Lucía me observaba con aire escrutador, mientras Pritchenko se afanaba en comprobar todos los niveles antes de iniciar el vuelo.

Me acerqué al helicóptero, arrastrando los pies por el polvo, notando cómo la intensa mirada de Lucía me taladraba, adivinando que algo me había sucedido en el interior de aquel polvoriento restaurante abandonado. Me sentía cansado, cansadísimo, y agotado emocionalmente. Aquel breve episodio constituía un resumen de lo que era mi existencia en ese momento.

Aquella pesadilla era interminable.